

Biblioteca Films

ALIAS "TERREMOTO"



NÚM.
527

KEN MAYNARD

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 527

HELL-FIRE AUSTIN

ALIAS «TERREMOTO»

1932

Narración del film del mismo nombre
interpretado por el célebre actor
americano

KEN MAYNARD
secundado por su caballo TARZAN

Narración de ALFREDO DARNELL

TIFFANY PRODUCTIONS

EXCLUSIVAS
CINÆS, S. A.

Via Layetana, 53 Barcelona

INTÉPRETES:

| | | |
|-------------|-------|---------------|
| Ken Austin | | KEN MAYNARD |
| Judy Brooks | | Ivy Merton |
| Bouncer | | Nat Pendleton |

ARGUMENTO DE LA PELICULA



PRIMERA PARTE

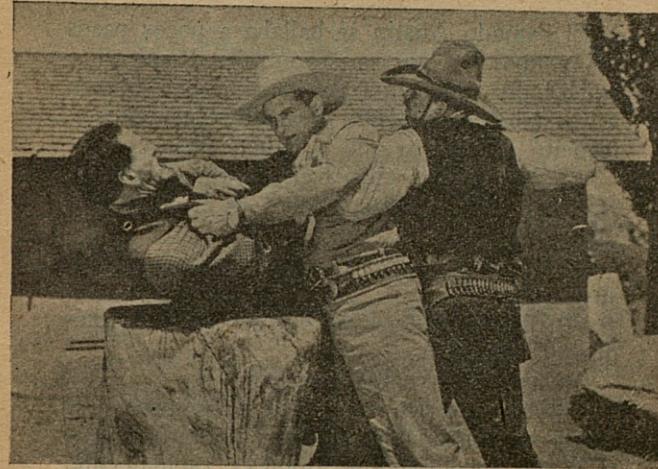
En un campamento norteamericano se había recibido aquella mañana la noticia del licenciamiento de la última quinta y el regocijo era general.

Los soldados cantaban en coros y algunos estaban en la cantina celebrando el próximo regreso a sus hogares. El rostro de todos ellos denotaba la satisfacción de que estaban invadidos.

Sentados encima de unos troncos de árbol, junto a la carretera que pasaba enfrente del campamento, se hallaban varios soldados y entre ellos uno de los héroes de nuestra historia. Llamábase éste Bouncer y era un muchacho alto y fuerte, que carecía de familia, y cuya instrucción era muy rudimentaria, por lo que tenía pocas amistades.

—Ahí viene Austín—dijo en voz alta—. Siento no ser amigo suyo. No he conocido a nadie que monte mejor a caballo.

—Se ha criado en un rancho del Oeste—dijo



Austín le asestó un terrible puñetazo...

un soldado que se hallaba junto a Bouncer y que en más de una ocasión le había hecho objeto de bromas bastante pesadas—. Si no eres amigo suyo es porque no quieres.

—¿Cómo he de hacerlo?—preguntó Bouncer a quien la idea de ser amigo de Austín le atraía.

—Es muy fácil. Con cualquier excusa te acercas a él y le llamas "cuáquero".

—¿Cuáquero? ¿Qué quiere decir esto?—preguntó Bouncer.

—Es una palabra familiar del Oeste. En cuanto se lo digas será amigo tuyo.

El llamado Austín se hallaba a pocos pasos del grupo, en que se encontraba Bouncer, y aquél había descendido del caballo que montaba y le estaba acariciando. Bouncer se acercó a él resuelto a hacer lo que le habían aconsejado.

—¿Qué desea? —dijo Ken Austín mirando a Bouncer parado a pocos pasos de él y contemplándole.

—Cuáquero —dijo Bouncer con la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué? —exclamó Austín que no daba crédito a lo que oía.

—Cuáquero —repitió Bouncer.

Entonces Austín se acercó a Bouncer y le asestó un formidable puñetazo que tiró al otro al suelo. Levantándose Bouncer rápidamente, pues era muy fuerte, y ambos se agarraron con tan mala fortuna, que ambos cayeron encima de una alambrada donde continuaron pegándose.

Los del grupo, que hacían espectadores al principio, habían celebrado la riña con grandes carcajadas, pero al ver a los dos soldados pelearse encima de la alambrada, se acercaron a ellos y tras grandes trabajos, lograron separarlos. Los dos muchachos estaban sangrando abundantemente y fué necesario conducirlos al hospital.

Al cabo de unos días, fueron cicatrizándose las heridas de los dos y Austín, incorporándose en la cama que estaba al lado de la de su compañero, le dijo:

—Oye, tú. ¿Quieres explicarme cómo te vi no la idea de insultarme?

—¿Insultarte yo? —exclamó Bouncer tras un gemido, pues las heridas de la cara aún le dolían. — Si precisamente te llamé cuáquero, porque me dijeron que eso te gustaría

—¡Ah! —dijo Austín empezando a comprender. — No sabes lo que significa cuáquero?

—No —respondió Bouncer ansioso.

—Pues significa en mi tierra, ladrón de ganado.

—¡Maldita sea! —dijo Bouncer. — De todas maneras le debo una paliza.

—Cuando esté bueno —dijo Austín —, me iré al Oeste. Allí soy muy conocido. Todos conocen mis hazañas.

—¿Qué tal se pasa por allí? — preguntó Bouncer.

—Muy bien. En cuanto lleve allí una temporada, seré el amo.

—Ya será menos —dijo Bouncer escéptico.

—¿No lo crees? Pues no tienes más que venir conmigo. Sobre el terreno, te demostraré que no miento.

Días más tarde llegaba un tren de mercancías con su parsimonia habitual a Cactus Country, un pueblo del Oeste americano, y de uno de los vagones vacíos, asomaban las cagezas vigilando el momento de poder descender del tren sin ser vistos.

Se trataba de nuestros amigos, Ken Austín y

Bouncer, que se habían pasado el viaje peleando y discutiendo.

Al fin, les pareció que nadie les veía y descendieron del tren.

—Vaya un recibimiento que te han hecho en tu pueblo — dijo Bouncer burlándose de Austín—. Sólo falta la banda de música.

—No te burles. Ya verás cómo nos tratan aquí.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se sintieron empujados por las espaldas y fueron a caer por un terraplén que tenían ante sí. Se trataba de los encargados de la estación, que les habían descubierto.

—Me he hecho un bulto como el puño — dijo Bouncer rascándose la cabeza. Este es el recibimiento, ¿no? Se ve que eres popular, se ve.

—Ahora lo que tenemos que hacer es ir a comer—dijo Austín, alzándose del suelo y sacudiéndose las ropas.

—¿No sé con qué dinero?—comentó Bouncer—. Yo no tengo ni un dólar.

—Bah! No importa. Nos fiarán. El dueño del bar es amigo mío.

Comenzaron a andar y entraron en el pueblo, dirigiéndose muy decididos al bar.

—Buenos días — dijo Austín sonriente al amo—. ¿Qué nos va a dar de comer?

—¡Oh! Lo que quieran—dijo el amo—. Les serviré a la carta si les parece.

—No—dijo Austín—. Usted mismo va a ser-

virnos de comer lo que quiera. El caso es que sea bueno y abundante.

—Eso mismo—corroboró Bouncer a quien la boca se le hacía agua—. Que haya mucho.

Los dos amigos se dieron un banquete y el amo les miraba asustado, pensando a cuánto ascendía la cuenta.

Cuando estuvieron satisfechos y mientras comían los postres, Bouncer dijo a Austín en voz baja:

—¿Y ahora quién va a pagar esto?

—Cállate—dijo Austín que vió al amo vigilando.

—Me parece que nos va a sentar mal la comida.

—Haz lo que voy a decir—dijo Austín—. Tú ahora vas a insultarme, haremos como que nos pegamos...

—Yo te pegaré la paliza que te debo — dijo Bouncer.

—No seas animal—. Hay que hacerlo ver solamente. En la lucha nos acercaremos a la puerta y, una vez allí, ponemos pies en polvorosa. ¿Qué te parece?

—Me parece que vamos a salir de aquí mal parados.

—En fin: ¿empiezo?

—Sí. Insúltame.

Todo sucedió según había previsto Ken Austín. Bouncer insultó a Austín y se pegaron, haciendo rodar mesas y sillas ante la estupefacción

de los concurrentes y la desesperación del amo. Cuando se hallaron cerca de la puerta, Bouncer pegó un puñetazo bastante fuerte a Ken y aquél fué a caer en la calle, mientras Bouncer le seguía.

—¡Ves, hombre! —dijo Austín satisfecho—. Todo ha salido a pedir de boca.

Como no oyera la respuesta de su amigo Austín, alzó la vista y se quedó de piedra al divisar al Scheriff, acompañado de un ayudante que les amenazaba con sus pistolas y les arrestaba.

SEGUNDA PARTE

—Bouncer, no te muevas tanto que me lastimas la pierna.

Estas palabras las pronunciaba al día siguiente Ken Austín a Bouncer, quien estaba machacando piedra. Ambos amigos habían sido condenados a machacar piedras durante sesenta días por escándalo y robo en el bar y se hallaban en plena montaña, atados sus pies con una

misma cadena, mientras eran vigilados por un ayudante del Scheriff.

—A trabajar —dijo el encargado—. No se vayan a creer que esto es una diversión. Yo me alejo un poco a almorzar. Como intenten huir, les pego un tiro.

—¡Maldita sea! —exclamó Bouncer cuando el encargado se halló un poco lejos—. Esta es la vida que me prometías, ¿verdad?

—Paciencia —dijo Austín—. Todo se arreglará. Cuando estemos en algún rancho, verás lo bien que lo pasamos.

Austín se quedó mirando a lo lejos fijamente.

—¿Qué miras?

—Cállate —dijo Austín en cuyos ojos se reflejaba la satisfacción. Ahora verás.

Austín se llevó los dedos a la boca y silbó. Inmediatamente un hermoso caballo blanco corrió hacia el lugar en que se hallaban los dos amigos. Austín se puso a hablarle y el inteligente animal, se acercó a él y se dejó acariciar, lanzando relinchos de alegría.

En esto se oyó el ruido del galopar de dos caballos y llegaron en busca del animal una muchacha y un viejo, que parecía su criado.

—¿Quién ha sido el que ha silvado? —preguntó la muchacha.

—Yo mismo, señorita. Nunca he visto un animal más hermoso que éste.

—¿Le gusta el caballo? —dijo la muchacha expresando su contento.

—Estoy orgulloso de él. Es el más veloz que he conocido. ¿Entiende usted de caballos?

—¿Este? — dijo Bouncer metiéndose en la conversación. — No hay mejor ginete que él. Se ha criado entre caballos.

—Lo que me extraña—decía la muchacha— es que Tarzán se deje acariciar por usted. Le advierto que no hay animal más arisco.

—Es maravilloso — decía Austín que no se cansaba de acariciarle.

En esto se acercó el encargado y les dijo gritando:

—Oigan: ¿Qué significa esto? A trabajar so gandules.

La muchacha se quedó asombrada al ver las cadenas que llevaban los desconocidos en los pies e hizo un gesto de desencanto.

—Señorita Judy — dijo el encargado de los presos a la muchacha—. Será mejor que no se acerque a estos tipos. Son unos desalmados.

—¿Sí? — dijo la muchacha a quien Austín le había sido simpático.

—Sí. Han sido condenados por escándalo en un bar.

—Vámonos — dijo la muchacha dirigiéndose al viejo.

Austín se quedó pensativo y casi no habló en todo el día.

A la mañana siguiente, mientras trabajaban en la pesada faena de machacar piedra, se acercó a ellos, después de avisar al encargado, un rico

propietario de la región, quien poseía una magnífica cuadra.

—Oiga usted—dijo dirigiéndose a Austín. — Soy Jack Edmonds. ¿Es usted Ken Austín, el famoso domador de potros?

—El mismo—dijo Austín mirando satisfecho a Bouncer.

—¿Quiere usted encargarse de preparar a Lady, una yegua de mi cuadra, para el próximo premio?

—Sí, señor—dijo Austín—, pero sepa usted que tengo que cumplir una condena de sesenta días.

—Ya lo sé—dijo Edmonds—. He hablado con el Scheriff y tengo autorización de él para que la cumpla en mi rancho. ¿Acepta?

—Bien—dijo Austín—. Aceptado. Edmonds ordenó al encargado que dejaran libre a Austín, pero éste, al ver que le soltaban sólo a él, dijo:

—Señor Edmonds, me olvidaba de una cosa. Acepto con la condición de que mi amigo Bouncer, venga conmigo y cumpla la condena en el rancho.

—¿Sabe montar a caballo? — preguntó Edmonds.

—No, señor— contestó Austín riendo.

—Entonces se quedará aquí.

Ken Austín, dirigiéndose al encargado, le dijo:

—Oiga, ¿puede ponerme la cadena otra vez?
Me quedo aquí.

Bouncer, al oír las palabras de su amigo, no pudo por menos que abrazar a su amigo.

Edmonds se quedó un momento pensativo y, después de mirar al encargado, dijo:

—Suéltelos a los dos.

Mientras les deshacían de la cadena, Austín dijo a Bouncer bromeando:

—Para que luego digas que no soy famoso. Gracias a mí, nos vamos a salvar de machacar piedras.

—No te vayas a creer que te perdonó la paliza—dijo Bouncer—. Todo llegará.

—A los pocos días, todos los rancheros admiraban la destreza de Austín, a quien lo llamaban Terremoto.

—¿Cómo sigue Lady?—le preguntó una mañana Edmonds, cuando volvía montado en la yegua, después de haberla hecho correr durante largo rato.

—Bien. Ganaremos el premio—dijo Austín—. No creo que haya ningún animal por estos contornos que corra como ella. Quizá le falta un poco de estilo, pero en los días que falta, procuraré corregirle algunos pequeños defectos.

Cuando llegó a las cuadras, encontró a Bouncer que se había vestido con un traje de cow-boy.

—¡Maldita sea! —dijo Bouncer—. Haz el favor de no quejarte. Pareces una señorita.

—Claro que parezco una mujer. ¿De qué son si no estas botas con talones altos? No sé cómo podéis andar.

—Llevas un sombrero muy elegante—exclamó Austín muerto de risa.

—De mí no te burlas tú, idiota—gritó Bouncer tirando el sombrero al suelo y poniéndose otra vez su bombín, del que no se separaba ni para dormir.

Mientras departían ambos, y Austín desensillaba su caballo, oyeron a Edmonds que junto a su cuadra estaba hablando con Curly, uno de sus rancheros, que ahora servía en el rancho de Judy Brooks.

—¿Cómo sigue Tarzán?—preguntó Edmonds a Curly.

—Ese caballo es una maravilla—dijo Curly—. En mi vida he visto una cosa igual. Corre a una velocidad nunca igualada. Con él ganaremos los 25.000 dólares sin temor alguno.

—Bien—dijo Edmonds satisfecho—. Toma esto—le dió unos billetes—. Más adelante te daré más. Procura que nada le suceda a Tarzán y consérvalo en forma hasta el día de la carrera.

Austín y Bouncer se miraron perplejos.

—Esto es una canallada—dijo Austín—. No podemos consentir eso.

—Tarzán debe ser aquel caballo que encontramos junto a la pedrera...

—Bouncer, te estás volviendo hasta inteligente. Ven conmigo.

Ambos llegaron hasta el lugar donde paseaba Edmonds. Austín le dijo:

—Señor Edmonds. Le advierto que he oído toda la conversación que ha sostenido hace un momento con Curly. Sepa usted que no estoy dispuesto a seguir en el rancho, ni montar a Lady.

—Usted está aquí cumpliendo una condena ¿Se entera? —dijo Edmonds furioso.

—Prefiero cumplirla machacando piedras, que no en casa de un canalla como usted.

Al oír esto, Edmonds quiso pegar un puñetazo a Austín, pero antes de que llegara a hacerlo, Bouncer le asestó un tortazo tan tremendo, que lo tiró al suelo maltrecho. Inmediatamente se juntaron los rancheros y quisieron linchar a los dos amigos, pero éstos se defendieron valerosamente y Austín logró montar en un caballo y volviendo al lugar donde Bouncer todavía se defendía, pasó a su lado al galope y, cogiéndole de la cintura, lo salvó de sus enemigos y pronto se perdieron en la montaña.

—¿A dónde vamos ahora? —dijo al cabo de un rato Bouncer.

—¿Sabes tú dónde cae el rancho de Judy Brooks?

—Es el rancho B. —dijo Bouncer—, está al borde del río.

—Vamos allá, entonces.

TERCERA PARTE

Mientras los dos amigos se dirigían al rancho de los Brooks, Edmonds recibía la visita del abogado Coneil.

—¿Va usted al rancho B.? — le preguntó Edmonds.

—Sí —dijo el abogado que iba en un Ford desvencijado.

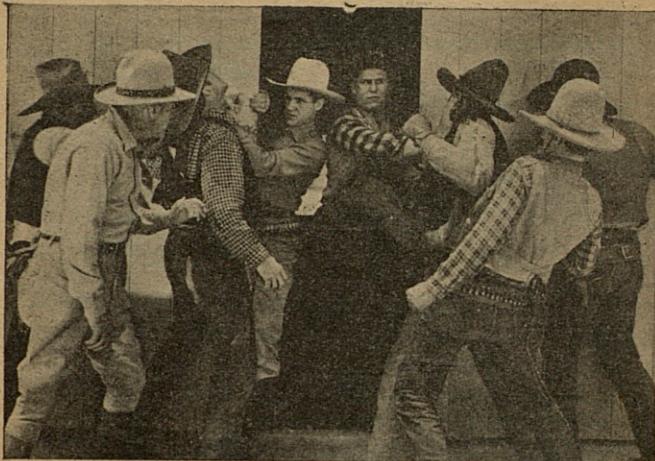
—Sepa usted, que defiende los intereses de la señorita Judy, que un día de éstos pienso embargarle a Tarzán.

—¿Qué dice usted? —exclamó el abogado que apreciaba sinceramente a Judy y había sido amigo de su padre—. Usted prometió no hacer efectiva la Letra hasta después de la carrera...

—Es verdad, pero usted debe saber que la Letra es a la vista, y como ahora he cambiado de manera de pensar...

Alejóse Edmonds riendo y el viejo Coneil, puso en marcha su carroñato, intimamente preocupado.

Cuando Bouncer y Austín llegaron al rancho, el primero que hacía largo rato que se ha-



...se juntaron los rancheros y quisieron linchar a los dos amigos.

bía apeado del caballo, y que se había quitado las botas de cow-boy porque le molestaban, lanzaba grandes quejidos de dolor.

—Me parece que hemos llegado—dijo Austín mirando al rancho que ofrecía un triste aspecto.

—Me parece que aquí, no vamos a estar muy bien—gimió Bouncer.

—Calla, egoísta. Siempre deberás encontrar un baño y una cama para descansar.

Austín vió a Tarzan y le silbó, acercándose el caballo a su lado, dando señales de gran ale-

gría. Inmediatamente apareció en la puerta de la casa, Judy.

—¿Usted aquí?—dijo dirigiéndose a Austín.

—¿No estaba usted empleado en el rancho de Edmonds?

—Es verdad, señorita. Pero ahora he decidido pedirle a usted me admita en el suyo. Tarzan me gusta más que Lady. Usted dirá si le conviene. Yo le prometo que si me deja montar a su caballo, los 25.000 dólares serán para usted.

Mientras hablaban, llegó armando mucho ruido el Ford que conducía al abogado Coneil.

—Hoy es día de agradables sorpresas—dijo Judy acercándose a dar la mano al viejo.

—No lo crea, Judy—dijo Coneil.

—¿Qué sucede?—preguntó Judy asustada.

—Acabo de hablar con Edmonds. Me ha dicho que se apoderará de Tarzan antes de la carrera y que correrá para él.

—Pero si había prometido...

—Señorita—interrumpió Austín—. Perdóname que me meta en este asunto. Me he marchado del rancho porque he descubierto una conspiración contra usted. Curly está a los órdenes de ese bandido.

—¿Es posible?—exclamó Judy dando muestras de desaliento.

—Sí, pero no ha de apurarse, señorita. Ahora lo interesante es hacer algo, impedir que ese hombre se salga con la suya.

—Yo, querida Judy, conozco algunos tru-



Tarzán parecía encariñado con su nuevo jinete.

cos. Para que Edmonds no pueda hacer efectiva su Letra, existe una solución. Que Tarzán desaparezca hasta el día de la carrera.

—De eso me encargo yo—dijo Austín triunfante.

—¿Qué hago?—preguntó Judy al abogado. Este miró a Austín y después contestó:

—Déjelo el caballo.

El abogado quedóse a comer y Judy y Austín fueron a dar una vuelta, seguidos siempre por Tarzán que parecía encariñado con su nuevo jinete.

—Qué inteligente es Tarzán—dijo Judy. Me parece que le ha sido usted simpático.

—Sin embargo a usted no creo que le sucediese igual—dijo Austín sonriente—; la primera vez que nos encontramos debía hacerle un efecto deplorable.

—No, Austín, me pareció usted un hombre leal.

—Entonces, ¿me permite usted que me cuide de su rancho? ¿Quién lo hace ahora?

—Un viejo criado—dijo Judy—. Cuando mi padre vivía, esto era otra cosa. Desde que murió el rancho es una ruina.

—Confíe en mí, señorita Judy. Yo me encargo de que sus rancheros vuelvan a trabajar y empiecen otra vez los días buenos. Con el dinero de la carrera, se podrán comprar muchas cosas y este rancho volverá a ser lo que era.

—Bien, Austín. Desde ahora puede hacer lo que quiera aquí.

—Entonces siga mi consejo. Es necesario que se vaya usted del rancho. Pídale a Coneil que la lleve con él y que la esconda hasta el día de la carrera, así Edmonds no la podrá molestar.

Judy Brooks contó al abogado lo que Austín le había aconsejado y aquél le dijo:

—Me parece que ese muchacho tiene razón. No hay que perder tiempo. Edmonds sabrá que yo le he contado la amenaza que me ha hecho y quizás intente algo hoy contra usted y Tarzán. Vámonos en seguida.

Preparado todo, se despidieron.

—Hasta el día de la carrera—dijo Judy a Austín.

—Usted encárguese de que inscriban a Tarzán—dijo Austín—. Lo demás corre de nuestra cuenta.

—Buena suerte—gritó Judy mientras se alejaban.

El auto partió y Austín quedó largo rato contemplándolo marchar.

—¿ Piensas estarte aquí hasta mañana? —dijo Bouncer.

—No, Bouncer, es preciso que nos pongamos en camino ahora mismo.

—¿ Qué dices? ¿ Ahora mismo? —gimió el infeliz Bouncer.

—Sí, hombre. Pronto te llegará la hora de descansar. Te dejaré lavantarte cada día a las diez.

Bouncer, sacando fuerzas de flaqueza, se encaramó encima de un caballo que Austín le había escogido por paracerle el más quieto. Cuando se ponían en camino, Bouncer dijo:

—Ken, entre nosotros, me parece que la has flechado.

—¿ Qué dices?

—Sí, hombre, no disimules. A tí te ha gustado Judy y me parece que ella esta noche, no va a dormir pensando en tí.

—No digas tonterías. Vámonos.

Llegada la noche, se dirigieron al pueblo

donde debía celebrarse la famosa carrera anual en la que participaban los mejores caballos y ginete de la región.

Cuando era ya completamente oscuro, entraron en el pueblo, procurando que nadie se fijase en ellos, y se dirigieron al Hotel.

Austín mandó a Bouncer que alquilase dos habitaciones contiguas.

El, mientras tanto, se dirigió hacia la parte posterior del hotel y estudió la manera de poder encaramar a Tarzán hasta la ventana que había señalado Bouncer que alquilase.

Cuando Bouncer se halló dueño de sus habitaciones, se asomó a la ventana e hizo una seña a Austín. Después, entre los dos, ayudados de unas cuerdas, lograron que Tarzán entrase en una de las dos habitaciones donde pensaban esconderle hasta el momento de la carrera.

—Nos van a oír—dijo Bouncer asustado por las ideas originales de su amigo.

—No—dijo Austín—. Ahora relleneremos el piso de paja y además vendaremos los cascos de Tarzán con unos paños. Así no habrá cuidado de que lo oigan. ¿ Verdad, Tarzán?

Austín había golpeado cariñosamente al caballo y éste alargó la cabeza como dando su asentimiento.

—¿ Y vamos a tener que estarnos cuatro días sin salir? — Preguntó Bouncer malhumorado.

—Tú puedes salir alguna vez, pero con mu-

cha prudencia—dijo Austín—. Acuérdate de que si te reconocen los rancheros de Edmonds, te has caído.

—Justamente he preferido quedarme en el la boca del lobo.

—Pero cómo se te ha ocurrido meterte en un pueblo, porque es en el único sitio que no se le ocurriría registrar a Edmonds. En su cabecota no cabe imaginarse que estemos aquí.

CUARTA PARTE

El día anterior a la carrera, Edmonds se encontraba en el pueblo. Se alojaba precisamente en el mismo hotel donde Austín guardaba a Tarzán y por la tarde se llegó hasta el lugar donde se efectuaban las inscripciones de los caballos.

—¿Hay algo de particular?—preguntó al encargado de las inscripciones.

—Sí—contestó éste—. Esta mañana el abogado de Coneil ha inscrito a Tarzán.

—¿A Tarzán?—preguntó furioso Edmonds.
—¿Qué lo debe montar?



Usted procure ponerse a salvo e inscribirme para la carrera; yo ya me arreglaré.

—Ken Austín.

—Eso ya lo veremos—masculló entre dientes Edmonds, ciego de rabia y de ira—. Falta que pueda presentarse a la carrera.

Bouncer, al anochecer, vió al Scheriff y se le acercó, aun sabiendo a lo que se exponía.

—Scheriff—dijo íntimamente.

—¿Usted?—dijo el Scheriff echando mano al revólver.

—Sí. Quería preguntar una cosa. ¿Usted sabe que Ken Austín y yo estamos condenados

a 60 días de cárcel cada uno? ¿No podría yo cumplir 120 días y así mi amigo quedaría libre?

El Scheriff se quedó admirado ante aquella proposición y de momento no supo qué responder.

—Scheriff. Usted es buena persona y aprecia a la señorita Judy. Hágalo por ella. Tarzán tiene que ganar el premio, si no será la ruina de ella. Ken Austín está aquí.

—¿Aquí?—exclamó el Scheriff regocijado.
—Dónde se esconde?

—Se lo diré si me promete ayudarnos.

—Prometido—dijo el Scheriff—. Tú cumplirás tu condena.

—Está en el Hotel. Ha subido allí a Tarzán. El Scheriff se quedó riendo a grandes carcajadas y Bouncer volvió al Hotel. Sin embargo, al regresar, fué descubierto por Edmonds, quien llamó a unos cuantos de sus rancheros, quienes se apostaron tras de una esquina y cogiendo a Bourcen entre todos, le golpearon hasta dejarlo medio muerto.

Bourcen, cuando volvió en sí, logró llegar hasta el Hotel, tras de grandes esfuerzos, pues sangraba en abundancia.

Ken Austín estaba inquieto por la tardanza de Bourcen y por un momento temió que le hubiese traicionado. Por eso, cuando oyó cómo llamaban a la puerta, abrió con mucha precaución, pero Bourcen cayó a sus pies sin fuerzas para sostenerse.

—¡Bourcen! ¡Bourcen! ¿Qué te ha sucedido? ¡Contesta!

Bourcen parecía muerto y Ken Austín lo llevó hasta la cama, donde después de llamar por teléfono al médico, se apresuró a ponerle unas compresas de agua fría.

Bourcen, en su delirio, decía:
—¡Edmons! ¡Canalla! ¡No lo diré! Aunque me matéis, no sabréis dónde se esconde Ken Austín.

Ken tuvo que sacarse una lágrima que le subía a los ojos y cuando llegó el médico, le ordenó que no se separara del enfermo.

—Oiga usted bien—le dijo—y que no se le olvide, pues le va la vida. Este muchacho tiene que curarse, como él se muera, usted pasará al otro mundo con un balazo en la cabeza.

El médico, asustado, prometió no separarse un instante del enfermo.

Llegó la mañana siguiente y Bouncer seguía lo mismo. La fiebre no había descendido en toda la noche y sólo a primera hora de la mañana, había logrado conciliar el sueño.

Llegó la hora de la carrera. Ken Austín se vistió de cow-boy y ensilló a Tarzán, que estaba ya algo nervioso después de aquel encierro.

Mientras Ken Austín acababa de dar las últimas órdenes al médico, Edmonds, que había salido del Hotel con varios amigos y se dirigía al lugar de la carrera, vió casualmente a Tarzán que estaba asomado a la ventana. Edmonds

lanzó un grito y se dirigieron todos corriendo hacia el Hotel.

Ken Austín oyó el griterío armado en el Hotel y comprendió que le habían descubierto. Sin embargo, sin perder su presencia de ánimo, montó encima de Tarzán y salió al corredor.

Cuando los rancheros de Edmonds vieron a Ken Austín, corrieron hacia él, pero éste logró apartarlos haciendo caracolear a Tarzán.

—¡A la escalera! —dijo Edmonds creyendo que allí le sería fácil apoderarse de Ken Austín, pero éste espoleó a Tarzán y el valiente caballo bajó las escaleras como un rayo. Momentos después estaban a salvo.

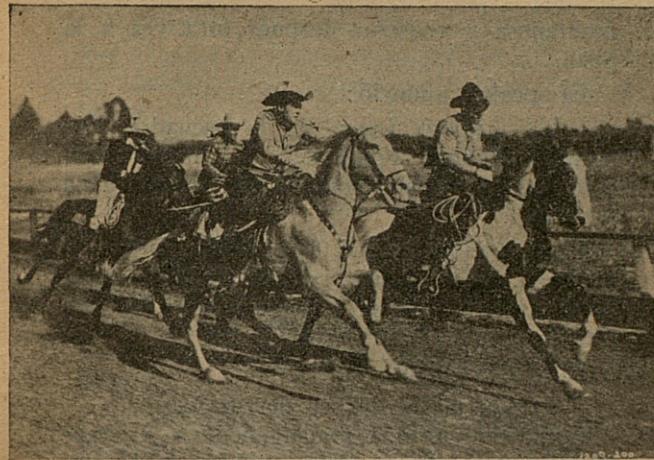
Las carreras iban a comenzar. El speaker había anunciado los nombres de los concursantes y sólo se advertía la ausencia de Ken Austín. Judy, que se hallaba en una gradería con el viejo Coneil, estaba nerviosísima.

—¡No va a llegar! ¡No va a llegar! —decía apretando el brazo del abogado.

—No se preocupe. Llegará con el tiempo justo.

Un minuto, dos minutos transcurrieron ante la espectación general, y de pronto, se vió una polvareda y aparecieron Tarzán y Ken Austín, que fueron recibidos con una ovación ensordecedora.

Edmonds llegó a la gradería malhumorado, a pesar de que había dado orden a uno de sus rancheros que participaba en la carrera, de que



Austín, animaba a Tarzán, que logró colocarse en cabeza.

le hiciese caer fuese como fuese, procurando que en caso de que Ken Austín se presentase, inutilizarle.

Bourcen, con el ruido armado por Ken Austín al escapar de sus perseguidores, se había despertado. El médico le contó lo sucedido y Bouncer cogió el aparato de radio, a pesar de las súplicas y desesperación del médico, que le aconsejaba que estuviese quieto.

La carrera se desarrollaba interesantísima. Los caballos tenían que recorrer una zona muy

montañosa y regresar después otra vez a la pista.

El speaker anunció:

—Va primero Lucy, de la escuadra Edmonds; segundo Foxterrier, del mismo; tercero, León. Tarzán, montado por Austín, gana terreno.

Una ovación premió esta última noticia y Bourcen, en su cuarto, palmoteaba de alegría, mientras el médico se veía ya camino del otro mundo.

El speaker dijo:

—Tarzán acaba de ser derribado.

Edmonds sonrió di imuladamente a sus rancheros y Judy dió un grito y hubiese caído desmayada de no ser por el viejo Coneil.

Efectivamente: El ranchero de Edmonds había derribado a Ken Austín, pero Tarzán había saltado por encima de éste sin hacerle daño alguno.

Ken Austín que había recibido un golpe en la cabeza, quedó por unos instantes como aturdido, pero haciendo un esfuerzo de voluntad, montó en Tarzán y emprendió la caza del grupo.

—Señores, atención—dijo el speaker: Tarzán está otra vez en carrera. Se ha logrado colocar muy cerca del grupo de cabeza.

Bourcen abrazó al médico y en las gradierías cercanas a la meta, se oyo un gran clamor.

—Atención, atención: Se acercan los caballos. Tarzán y Lucy, sostienen ventaja sobre los demás. Van cabeza con cabeza. Van a llegar.

Faltaba la última vuelta a la pista, Lucy llevaba ahora un par de metros de ventaja sobre Tarzán, pero el animoso caballo hizo un supremo esfuerzo y pocos metros antes de llegar a la meta, pasó a Lucy y entró primero, mientras se oía una ovación formidable.

Ken Austín, después de recoger el premio, se dirigió montado aún en Tarzán hacia el Hotel.

Cuando llegó a él subió las escaleras rápidamente, pues temía por Bouncer. Cuando entró en la alcoba quedó asombrado al ver al médico y a Bourcen, tendidos ambos en la cama y bebiéndose una botella de whisky.

—Bourcen, ¿qué es esto?

—Nada—dijo Bourcen—, me caí en la escalera. Ya sé que has ganado la carrera, pero no importa, cuando esté bueno te daré la paliza prometida.

Ken Austín se acercó hasta Bourcen y le abrazó emocionado.

—Bourcen—dijo—, gracias a ti he ganado. Te dejaste apalear con tal de no descubrir mi escondrijo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Lo dijiste delirando. Gracias, Bour-

cen, seré tu amigo para toda la vida, si tú loquieres así.

Bourcen no pudo disimular más y abrazó a Ken Austín. Después le dijo:

—Mira hacia la puerta. Me parece que esta vez no te escapas.

De pie ante la puerta estaba Judy con el viejo Coneil.

—Señorita Judy: aquí tiene los 25.000 dólares del premio—dijo Ken Austín.

—Ken—dijo Judy, mirándole a los ojos—. Usted debería quedarse en mi rancho. Tarzán estaría contento de verle cada día...

Austín se acercó a ella.

—¿Sólo Tarzán?

—No—dijo Judy bajando los ojos—. Quédese, yo también estaré muy contenta.

—Anda Ken — gritó Bourcer—, déclarate, hombre, déclarate. ¿No ves que ella te quiere? Austín miró a Judy y pudo leer en sus ojos todo el amor que ella le ofrecía.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

MATER DOLOROSA

ABEL GANCE, el competente y merítissimo director, ha sabido crear este drama del amor maternal y presentárnoslo con un verismo irreprochable. **MATER DOLOROSA** es la tragedia de una madre que tiene que padecer cruel martirio por la incomprendición de su marido, por la pérdida de un amigo verdadero y sufrir horriblemente por creer que su hijita ha muerto. Todas las madres, todas las mujeres se sentirán intimamente emocionadas por el patetismo de que ha sabido reveslir a Marta, la MATER DOLOROSA del poema, la actriz

LINE NORO

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

YA ESTÁ A LA VENTA

LA
CUARTA
EDICIÓN
DE



35.000 ejemplares vendidos

EL RECORD de las
novelas cinematográficas

Pida usted su ejemplar hoy mismo y será obsequiado con el nuevo y fastuoso Catálogo Ilustrado, que reproduce las artísticas portadas de

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

46

CANCIÓNERO

■■■■■ NUEVA EPOCA ■■■■■

*Carmelita Aubert
Imperio Argentina
Carlos Gardel
Margarita Carbajal
Estrellita Castro
Reyes Castizo "La Yankee"
Trini Moren*


30 cénts.
el tomo.

¡PRONTO! ¡PRONTO!...
ALMANAQUE 1934

dedicado a los célebres artistas

**Imperio Argentina - Celia Gámez
Carlos Gardel
Azucena Maizani - Libertad Lamarque**

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para 1 certificado. Franqueo gratis.